

Cátedra Isaías Duarte Cancino  
Módulo 3 Actividad 6  
Julio de 2018

Situación o práctica de la cotidianidad

El trabajo de aula. El diálogo con estudiantes, profesores y directivos por fuera de clase. La participación en consejos y comités de apoyo a los procesos académicos. Los momentos de lectura y preparación de temas. Alguna que otra actividad extramuro como parte de los cursos, sin desconocer el contacto diario con la sociedad del entorno; constituyen el complexus de acciones y prácticas cotidianas que configuran mi presencia como miembro de la comunidad Unicatólica en calidad de profesor. Debía escoger de entre estas alguna que me resultará significativa en una experiencia personal relacionada con los principios rectores institucionales. Y a partir de ello construir una reflexión en torno al “deber ser” de una mejor persona en todas sus consideraciones. No escogí ninguna.

Simplemente porque considero que antes que hacer uso de alguna de aquellas acciones o prácticas propias del quehacer educativo debía apreciarme y considerarme en mi calidad de ser biológico, humano y social imperfecto que no se configura desde ningún rol institucional. Antes que profesor con funciones específicas soy un sujeto en búsqueda constante de respuestas a las inquietudes propias de una existencia compleja como la que nos corresponde en la sociedad actual.

Tomar una actividad o práctica cualquiera para desde ella revisar cuál ha sido mi participación en la vida de los otros y de paso evidenciar qué tan mejor ser humano he sido, se me antoja una expresión de utilitarismo con nuestro ejercicio laboral. Considero que previo a esta tarea se debiera pensar en una revisión exhaustiva de quiénes somos, cómo llegamos a la institución, cómo apropiamos su cotidianidad y desde esas posibles respuestas poder tener elementos de juicio que permitan evidenciar cambios propios que apoyen la intervención en la vida de otros.

Es decir, considero que cualquier nivel de intervención que podamos tener en la experiencia vital de los otros, sean estos estudiantes, colegas profesores, directivos, personal interno y comunidad externa, no se reduce a la ejecución de una tarea o el cumplimiento de un rol específico. Visto así queda la impresión de que es mera cuestión de hacer el uso más adecuado de la acción o de la práctica señalada hasta lograr empatizarla con el principio institucional con el que mejor se ajuste.

Seguro que tendríamos expresiones como: *desde este curso he podido indicarle a los estudiantes como debieran...a través de esta práctica logramos que los estudiantes...* y otras tantas manifestaciones en ese mismo horizonte que solo deja apreciar en la acción o en la práctica señalada un instrumentalismo de algo que en teoría debiera ser más que un libreto a seguir una oportunidad para pensarnos en nuestra condición de seres en permanente construcción.

## Reflexión

Llego a la Ucatólica en febrero de 2013. Después de casi veinte años ininterrumpidos de ejercicio académico, investigativo y administrativo con otras instituciones universitarias de la ciudad e incluso de fuera del país. Llegó en momentos de una ruptura personal con un estado de cosas que habían encendido una llama interna de cambio. Cambios, en plural, porque no era solo uno y, no era solo yo el directamente comprometido con estos. Como padre proveedor, cabeza de familia debía ser responsable por cada nueva decisión que afectara ese entorno entrañable.

Renunciar de manera voluntaria e irrevocable a unas condiciones en apariencia cómodas y muy favorables para la realidad laboral de este país sonaba como mínimo a un acto de locura, de arrogancia o hasta de inmadurez. Ninguna de las anteriores fue razón central de la decisión, aun aceptando que muy en el fondo algo hubo sino de las tres al menos de una de ellas. Para no hacer esta reflexión un relato extenso y aburridor, diría que lo que había en el fondo era un proceso muy personal y casi íntimo de toma de consciencia con la vida. Lo que algunos han dado en llamar proceso de concienciación y que se enmarca en preguntas como: ¿hay acontecimientos en tu vida que necesitan un punto de vista diferente? Este era un proceso personal, como ya lo he referido, e intransferible, muy a pesar de que comprometía a otros. No está de más agregar que nada tenía que ver con experiencias místicas o religiosas de algún orden. Era o mejor es, un proceso a partir del paso por la vida, matizado de mucha reflexión, de ricas lecturas, más incluso que de estudios formales.

Es un José Alonso no confundido, por el contrario con un poco de más lucidez el que llega a la Ucatólica. Con una ruptura a cuestas, con renovados conocimientos producto de lecturas y comprensiones aportadas por un proceso doctoral cuyo auténtico valor justo se halla en lo que se lee, se comprende y se instrumentaliza. Con una aventura, producto de lo anterior, en ciernes en torno a una escuela itinerante que se proyecta como el escenario ideal de final de un ciclo y el inicio de otro. Todo ese conjunto de nuevas vivencias, de nuevos saberes, de nuevas ideas y posturas de cómo vivir, se amalgama, se hace un todo y se inserta en el contenido

no solo del curso asignado, sino en los actos mismos con los que me hago miembro de esta comunidad.

La Unicatólica me acoge en su seno, y yo me acojo a ella. Hasta hoy escucho de la civilización del amor. Hasta hoy me acerco a la vida y obra de su creador o impulsor. ¿Cómo entonces plasmar en un papel, para efectos de una tarea, lo que lo uno y lo otro han producido en mis acciones y mis prácticas cotidianas? No es posible. Lo que ha habido es una alentadora simbiosis entre un sujeto que vive nuevos procesos de vida y una institución joven, llena de ilusiones, con múltiples aciertos e iguales imprecisiones en su diario transcurrir. Todo esto no reposa en ningún documento o tal vez sí, pero eso no es lo esencial. Lo esencial es el “fuego interno” que vive latente en la institución. Fuego que algunos atizamos con pensamientos e iniciativas que provienen de procesos anteriores. Fuego que la institución se empeña en mantener vivo a través de cada una de sus nuevas acciones.

Por supuesto que la institución ha contribuido a que ese proceso sensible y profundo que se inició con aquella ruptura con un estado de cosas se enriquezca, se avive cada día en su dinámica interior. Por eso hablo de simbiosis. De un encuentro sostenido de interacciones y perspectivas en torno a una mejor sociedad.

Hoy oficio como representante del estamento profesoral, algo impensable diez años atrás cuando el rol de profesor no había trascendido la escena del aula y la de la preparación de la clase. Ser representante profesoral no ha sido un asunto del azar, refleja un alto grado de sensibilidad con la función misma, pero también con el contexto en el que se ejerce.

Hoy involucro en mi curso un concepto de marcada trascendencia para el devenir de una sociedad: la ciudad como categoría de análisis y comprensión. Uno de los fundamentos discursivos con los que contribuyo a la formación de profesionales con mayor grado de apropiación de su realidad espacio – temporal. Nada más propio a una civilización que el conocimiento de ese tejido de lugares y circunstancias en las que se configura su realidad.

Hoy leo, escribo y comparto con mis estudiantes inquietudes en torno al cuerpo como dispositivo de identidad en tiempos en que se hacen difusas las fronteras que nos diferencian. El territorio como construcción humana que nos permite tener presencia en una sociedad que excluye.

Hoy acompaño mis intervenciones con un alto grado de crítica. Crítica responsable y constructiva. Como la que necesita una institución en camino de aprender, mejorar

y consolidarse; y de un país que atraviesa por momentos de cambio en sus prioridades como sociedad.

En el armado de estas y otras categorías conceptuales se halla presente un sujeto que toma consciencia de su paso por la vida en general, pero sobre todo de su papel como orientador del pensamiento de otros. Pero, también suma en ese propósito el momento histórico de una institución que lucha por estar a la altura del legado recibido en torno a la educación de quienes cuentan con menos oportunidades.

Para concluir, no es solo desde el desarrollo de una práctica o el cumplimiento de una función desde dónde debiéramos revisar nuestra sensibilidad con la civilización del amor, con la dignidad humana, con la ciencia; lo que sugiero es que sea desde lo que nosotros somos, desde cómo llegamos y nos apropiamos de ese “fuego interno” desde donde debiéramos hacer esa juiciosa y oportuna revisión. Los instrumentos son solo eso, medios para hacer efectiva esa simbiosis.

**José Alonso González Solano**  
**Julio de 2018**